

PARAGUAY:

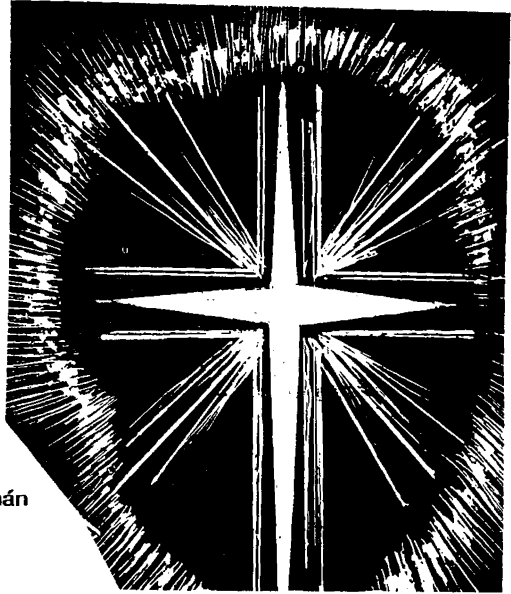
DE LA

"IGLESIA DEL SILENCIO"

A LA

IGLESIA PROFETICA

Andrés Colmán



Son las ocho de la noche del viernes 30 de mayo, en Asunción. La ciudad parece tranquila. De la céntrica Iglesia del Perpetuo Socorro, empieza a ponerse en marcha una procesión religiosa, llevando en andas la imagen de la Virgen de Ka'akupé, patrona del Paraguay. Cerca de 800 sacerdotes y religiosos, encabezados por el propio arzobispo de Asunción y presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Ismael Rolón, caminan en silencio por la calle Tacuary. Desde una cuadra de distancia, más de un centenar de policías, armados con cachiporras y bastones eléctricos, observan sin intervenir.

La "marcha del silencio" tiene un objetivo específico: expresar la solidaridad de la Iglesia con los ciudadanos duramente reprimidos durante las últimas manifestaciones de protesta popular, exigir la inmediata libertad de tres dirigentes gremiales detenidos y promover "una reflexión crítica sobre la difícil situación que vive el país". La Federación de Religiosos del Paraguay (FERELPAR), había dispuesto que sólo participen sacerdotes y religiosos en la marcha, pero a medida que la procesión avanza, la gente se le va uniendo espontáneamente. Cuando llega hasta la Iglesia San Roque, unas veinte cuadras más

adelante, ya son más de 3,000 los peregrinantes.

"El presente y el futuro del Paraguay está en manos de la Iglesia", dice monseñor Rolón durante el oficio litúrgico celebrado al final de la manifestación. Más que ser una expresión grandilocuente, la frase demuestra que la Iglesia guaní ha decidido jugarse su gran carta, apostando por el urgente cambio a un sistema democrático.

Al parecer, los obispos han reconocido que tras el fracaso de las fuerzas políticas opositoras, la Iglesia es la única capaz de aglutinar los esfuerzos y las expectativas en aras de la libertad, y están dispuestos a aceptar el desafío. En este sentido deben interpretarse las fervientes exhortaciones hechas por el primado Paraguayo a todos los religiosos y laicos, para "constituirse en agentes de cambio, para que la paz y la pacificación vengan al país cuanto antes".

Las prédicas y las posturas cada vez más desafiantes que la Iglesia paraguaya viene adoptando frente al régimen del general Alfredo Stroessner, inauguran un período político particularmente decisivo para el Paraguay, al mismo tiempo que ponen a prueba el nivel de compromiso de los cristianos

de este país, mayoritariamente católico.

Luego de casi una década de relativa calma y aparente convivencia con el gobierno stronista, según dicen los observadores, los obispos parecen haber comprendido que la situación "se ha vuelto insostenible" y les exige "abrir el fuego" para intentar el cambio. En este contexto se ubican las recientes marchas de protesta con participación de sacerdotes y religiosos, las jornadas de oración con el lema "No a la violencia", los pronunciamientos arzobispaes y, sobre todo, la última carta pastoral del episcopado, que expresan el más ambicioso proyecto político del momento en todo el país: la convocatoria eclesial a todos los partidos y organizaciones sociales para llevar adelante el "Diálogo Nacional"; es decir, un proceso de discusiones, análisis y perspectivas, que posibiliten poner en práctica la transición democrática en el Paraguay.

Hay analistas políticos que consideran que las recientes experiencias de Haití y Filipinas, además de la conciencia de que todo otro recurso se ha agotado, son los principales elementos que animan a la Iglesia paraguaya a asumir un rol protagónico en la

conducción de las acciones para una salida a la democracia.

ROMPIENDO EL SILENCIO

Es difícil comprender en su verdadera intensidad la realidad de una Iglesia como la del Paraguay. Es difícil comprender el comportamiento social de un pueblo olvidado, sojuzgado por décadas enteras de sucesivas tiranías, devastado por la locura política, volcado de lleno hacia una religión espiritualista y desencarnada, conjugada con el culto místico y ancestral de los indios guaraníes. Una Iglesia hundida en una "isla de silencio", ¿no habría de ser, necesariamente, también "una Iglesia del silencio"?

Los sectores políticos más radicales del país han acusado reiteradas veces a la Iglesia paraguaya de ser "cómplice de la dictadura". Acusación injusta, obviamente; producto de una visión superficial del largo y complicado proceso que ha tenido el pueblo creyente y su jerarquía, a lo largo de la historia.

La influencia de la Iglesia en la sociedad paraguaya nace con la misma llegada de los conquistadores, en el Siglo XVI. Ya los misioneros jesuitas, establecidos en sus "reducciones indígenas", tienen duras

fricciones con el poder español y son varias veces expulsados del país. Los enfrentamientos se harán más intensos en el período de la independencia, durante el Gobierno del "Supremo Dictador", Gaspar Rodríguez de Francia, quien acusa a la Iglesia de estar aliada a la oligarquía dominante en la época.

Los resultados de la Conferencia de Medellín marcan profundamente la acción y la reflexión del episcopado. Estos años son un tiempo de profundo caos político en todo el país, de guerras civiles, revoluciones, asonadas, con un dramático saldo de muertos, desaparecidos, presos políticos y exiliados. Profundamente sensibilizada, la Iglesia encuentra en Medellín el apoyo para su pastoral de defensa de los derechos humanos y la justicia social, asistiendo preferencialmente al sector campesino.

Ya en 1962, en efecto, habían nacido las Ligas Agrarias Cristianas (LAC), comunidades de base campesina que surgen en todo el país, animadas por la fe católica a buscar una organización autónoma para el campesinado. El Gobierno advierte el potencial peligro y reprime duramente al movimiento, mientras los obispos asumen

una entusiasta defensa del mismo.

La época de mayor tensión se da en el 70, cuando en protesta por la expulsión de sacerdotes asesores de las ligas y la represión desatada contra miles de campesinos, los obispos llegan a excomulgar al Ministro del Interior y al jefe de policía, y hasta a suspender oficios religiosos a los que debía asistir el Presidente de la República. Pero la postura radical de muchas comunidades campesinas acaba por provocar que la Iglesia retire su respaldo a las LAC, que son violentamente exterminadas.

Empieza entonces (a partir de 1976) el período "de silencio" de la Iglesia. Los obispos rehuyen el enfrentamiento, buscan negociar la libertad de los presos o denunciar los actos de injusticia a través de notas privadas a las autoridades, sin adoptar posturas públicas. De vez en cuando, publican excelentes cartas pastorales denunciando la corrupción del régimen, pero las acciones no pasan de allí.

Sostienen algunos teólogos paraguayos que los obispos realmente creían en lograr un "diálogo constante y sincero" con el régimen, y que, "en

prueba de buena voluntad" evitan todo tipo de denuncia, o de acciones que se pudieran interpretar como "de oposición política". Tuvo que transcurrir casi una década para que comprendiesen que era imposible "dialogar" con un gobierno autoritario que conculcaba sistemáticamente los más elementales derechos humanos y cristianos.

EL DIALOGO NACIONAL

Ahora, la Iglesia paraguaya parece haber roto definitivamente la mordaza del silencio. Sus principales recursos están volcados a llevar adelante el "Diálogo Nacional". Recientemente, se dio a conocer en Asunción, un documento pastoral, suscrito por todos los obispos del país, en donde se especifican los objetivos y las motivaciones del proyecto, y se convoca a todos los sectores "a analizar y estudiar los problemas del país" y clarificar "las responsabilidades en la solución de los mismos".

"Los obispos del Paraguay -dice el documento- debemos ser fieles a Cristo y a su doctrina, que es la doctrina de la Iglesia. Debemos ser fieles a nuestro pueblo, pueblo al que pertenecemos y al que, enviados por Dios, queremos y tenemos que servir. En ese espíritu

hemos asumido la tarea de propiciar un gran "Diálogo Nacional".

El proyecto del Diálogo había sido promovido en un principio por la coalición opositora Acuerdo Nacional, que pidió a la Iglesia su intermediación en las discusiones que pudiesen llevar a una transición democrática en el país. Los obispos cursaron notas de invitación a todos los partidos políticos y organizaciones intermedias.

Todos aceptaron participar, menos el gobernante Partido Colorado, alegando que no estaba dispuesto a dialogar "con grupúsculos irregulares, sin apoyo popular".

Muchos analistas políticos pensaban que la Iglesia no se atrevería a seguir adelante, al contar con la categórica negativa del poderoso partido oficialista; por ello, todos se sorprendieron cuando los obispos, en una reunión de prensa, hicieron una pública convocatoria a iniciar los encuentros y las discusiones en torno al tema.

De nada valieron los ataques del Gobierno, las acusaciones de que los obispos estaban "queriendo tomar el poder", ni las mismas exhortaciones del Presidente de la República, para que los prelados "acaten la directriz del Papa de no meterse en política".

"La Iglesia -dicen los obispos en su carta pastoral- no pretende imponer un programa de Gobierno, ni aspira a lograr ganancias de ninguna clase. Sólo quiere propiciar el diálogo, servir al diálogo, hacerse espacio de diálogo. Por eso asume una responsabilidad que, aunque difícil y delicada, es eminentemente evangelizadora".

Y en realidad -como bien lo señalarían después algunos editoriales periodísticos en Asunción- la Iglesia paraguaya simplemente estaba dejando de ser la "Iglesia del silencio", para convertirse en una verdadera voz y acción profética, respondiendo a los signos y las necesidades de un tiempo crítico.

